



Enrique Saint Loup

instinto encontraba el nudo didáctico de los acaecimientos, como obrero que selecciona la calidad del ladrillo antes de volverlo fachada de templo. Era un deliberado analista que exageraba el consumo del tiempo, en una meditación que agotaba y agitaba.

En un intento forzado de confrontación diríamos de Jaime Mendoza que, por su parte, eliminaba lo accesorio; desarrollaba su discernimiento rápidamente, llegando a conclusiones con incidencia de entendimiento raudo. Debía prevalecer su propuesta, pues quería que el lector recibiera su aporte tácito.

Zubieta ha tenido un acierto al aproximar a los dos escritores en una ceremonia como la de esta noche, ya que ambos son investigadores de la competencia espiritual de los seres, ambos son psicólogos; su profesión los ha hecho observadores perfectos de las estructuras anímicas. Además, en sus obras nos dieron a conocer la panorámica del país, y la del mundo médico en particular, verificaron en el alma individual los humores y ambiciones, malformaciones y morbosidades, vicios y pasiones.

Podía don Gustavo haber juntado a más médicos escritores que trabajaron en el mismo sentido, por la salud de la humanidad y por el bien de las letras del idioma castellano. Desde Andrés Bello, pasando por los peninsulares Pío Baroja y Gregorio Marañón; los hispanoamericanos José Ingenieros, Mariano Azuela, Ignacio Chávez, José Hipólito Unanue, y los bolivianos Zenón Dalence, Belisario Díaz Romero, Adolfo Mier, Enrique Condarco, Néstor Orihuela Montero, etc.

Todos unidos por el común denominador de una peculiaridad esencial del galeno: el ojo clínico que descubre el signo en el prójimo, los otros sentidos que quieren ingresar a las reconditeces vitales del individuo. Sujetados inicialmente a un mundo comparativamente pequeño como es el cuerpo, luego se inclinan a reparar no sólo enfermedades sino malos acondicionamientos sociales, y en este empero, unos pocos privilegiados recurren a la frase escrita y a las hojas del libro, para pergeñar con consistencia sobre las crudezas de la humanidad. Quizás no todos lo hacen con la belleza de los poetas, pues para ellos existe otra métrica: la medida de la bondad, la veracidad y la bonhomía. Lo hacen porque

conciben que el pensamiento, la palabra o el acto humano están relacionados plenamente con el hombre.

Sobre estos médicos, cuyos nombres han reaparecido aquí esta noche, cabe preguntarse: ¿Tuvieron sus escritos algún efecto? ¿Dejaron alguna influencia sobre el idioma? Basta que sobrevivan en el intelecto para saber que cumplieron con su vocación y su capacidad de sugerencia y de revelación.

Gustavo Zubieta, miembro de la Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, que ha escrito mucha literatura científica publicada en Bolivia y varios países de primer orden en la medicina mundial - que aparentemente no vienen ahora al caso - es un notable fisiólogo, un experto que sabe del funcionamiento del organismo humano, por ello se preocupa por entender también las realizaciones del hombre. Es Zubieta un espíritu sincero al valorarlas, y ha escrito diversos trabajos literarios escudriñando los fenómenos del habitante terrenal.

Es autor de varios ensayos, dos de los cuales son los mejores obviamente para mi gusto - por el motivo biográfico que los anima: "Valentín Gómez, catedrático insigne" es el título del primero y se refiere al médico ejemplar en el difícil trance de la confrontación de la multitud pobre ante la situación privilegiada del rico: una emergencia de esperanza cuando hay cirujanos predestinados. El otro ensayo: "Arquitectura del cuerpo humano: Labor y obra de Florentino Mejía" es la apertura que hace el autor al ignoto territorio inerte despertase la dedicación humana. Y además, Gustavo Zubieta en su libro "Relatos, sueños y realidades", más allá de los datos singulares de personajes fugaces, expresa las situaciones cotidianas vulneradas por lo imprevisible.

Pero, en esta oportunidad, de cara a las formulaciones verídicas del raciocinio, recurrió a la reflexión retrospectiva sobre la obra del médico como literato, sobre la armonía existente entre la ciencia médica y el arte en general, y nos acercó a los idearios de dos personajes inolvidables, afines en los avatares e ilusiones de la narrativa y a la plomada de las defensas humanitarias.

Es pues, Gustavo Zubieta un constructor de imágenes que se va sentar al lado de muchos que han hecho del pensamiento su religión y del idioma su bálsamo. Como se ve, su especialidad está también en los sueños. Él quiere hacer realidad una magia no cuajada que es el mensaje de los médicos. Sea intensa y fructífera su labor en el seno de la Academia Boliviana de la Lengua.

ALFONSO GAMARRA DURANA. - Miembro de la U.N.P.E. - Oruro.